

Un año de resistencia magisterial: *¿qué significa?, ¿hacia dónde ir ahora?*



Recopilación de artículos y entrevistas sobre el movimiento magisterial de la CNTE publicados por *Praxis en América Latina* durante 2016

praxisamericalatina@gmail.com

www.praxisamericalatina.org

Índice

Después de la tormenta... viene la lucha:	3
cuatro meses de protesta de la CNTE		
(De <i>Praxis</i> núm. 11, nov.-dic. 2016)		
El movimiento magisterial continúa:	8
de las “negociaciones” con el gobierno		
a un nuevo proyecto educativo y social		
(De <i>Praxis</i> núm. 10, sept-oct. 2016)		
La CNTE, un nuevo momento de protesta:	14
¿Cómo construir un nuevo camino?		
(De <i>Praxis</i> núm. 9, julio-ago. 2016)		
Voces de los maestros en resistencia	19
(de <i>Praxis</i> núm. 9, julio-ago. 2016)		
¿Podemos ganar la guerra del Estado mexicano	30
contra la CNTE y los normalistas?		
(De <i>Praxis</i> núm. 6, ene.-feb. 2016)		

**Después de la tormenta... viene la lucha:
cuatro meses de protesta de la CNTE**

(De *Praxis* núm. 11, nov.-dic. 2016)

J.G.F. Héctor

De mediados de mayo a mediados de septiembre, los maestros de educación básica en México —sobre todo aquéllos agrupados en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE)— llevaron a cabo una campaña de lucha en contra de la así llamada “reforma educativa” del gobierno. Debido a las acciones represivas de este último, así como al desgaste físico, económico y emocional que implica sostener no uno, sino diversos *plantones* durante varios meses, los maestros decidieron volver a las aulas, a pesar de no haber conseguido su objetivo principal: la cancelación de la “reforma educativa”. La pregunta es, entonces: ¿Qué sigue ahora que los *plantones* han terminado?

Cuatro meses en retrospectiva

Es necesario comenzar con lo que los propios maestros opinan de estos cuatro meses de lucha: ¿Cuáles fueron sus principales logros, su principal significado?

En palabras de un representante de la CNTE en Chiapas,

el mayor logro de estos cuatro meses de protesta es que el pueblo haya reconocido nuestro esfuerzo y se nos haya unido: la gente, por ejemplo, corrió a la policía federal de varios lugares y, donde fuimos reprimidos, el pueblo no nos dejó solos. Incluso en otras partes del mundo (como Guatemala, Canadá, etc.), los maestros hicieron manifestaciones de apoyo a los *profes* de aquí de México.

Víctor, maestro de la Ciudad de México, comparte dicha opinión: “Logramos *quitarle el filo* a la “reforma educativa” [...] Padres de familia, estudiantes, intelectuales, estuvieron con nosotros antes, durante y después del *paro*, ayudándonos a organizar foros, etc.”

Así, la resistencia magisterial ha *despertado* la rebeldía de la sociedad, tanto en las ciudades como en el campo. ¿Cómo fue esto posible? Porque el movimiento de la CNTE demostró no ser “para defender privilegios particulares”, ni siquiera sólo una lucha laboral (lo cual ya habría sido importante en sí mismo), sino algo más: el germen de un nuevo proyecto de educación, no capitalista, no mercantilista, nacido desde abajo —y, en última instancia, por un nuevo tipo de sociedad, donde dicha nueva educación podría florecer

plenamente¹. Padres de familia, comunidades indígenas en el campo, estudiantes en las universidades y otros sujetos sociales reconocieron esto de manera más o menos explícita, de lo contrario, el apoyo material, moral e intelectual que les dieron a los maestros durante estos cuatro meses sería inexplicable. La vinculación entre pueblo y magisterio ha existido siempre; sin embargo, han sido las recientes protestas las que la han traído a primer plano, la han “puesto por sí”.

A pesar de ello, la “reforma educativa” sigue sin ser cancelada, y tampoco vivimos ya en una sociedad nueva. Entonces, la pregunta es: ¿Cómo hacer que este gran respaldo popular no sea sólo moral o material, sino una fuerza activa, teórico-práctica, que vaya dando los pasos necesarios hacia una sociedad nueva? Otra vez, es imprescindible escuchar lo que los propios maestros tienen que decir al respecto.

El largo y sinuoso camino hacia la autonomía

Nosotros entendemos el movimiento como un proceso [apunta José Luis, maestro y vocero de la CNTE en Chiapas]; por tanto, el que no estemos ahorita en las calles no quiere decir que el movimiento no siga [...] Hemos entendido que la labor del maestro es estar en constante diálogo con los padres de familia, con las comunidades. En Chiapas, por ser un estado semi rural, la mayoría de los maestros se queda a vivir en las comunidades en las que trabaja, lo que nos permite un acercamiento, una empatía muy grande con éstas, además de que nos da la oportunidad de *hacer trabajo político*. Muchos (el gobierno, los empresarios) no entienden el porqué del respaldo al magisterio por parte de los padres de familia, si sus hijos estaban “perdiendo clases”; y la razón es [...] que el maestro, que la mayoría de las veces proviene de las clases populares, se identifica con los problemas de la comunidad. Así, los padres de familia entendieron que, más que iniciar el ciclo escolar, lo importante es defender el carácter público de la educación.

¿Qué podría significar esto? Que la fortalecida vinculación entre pueblo y magisterio —la cual, como hemos visto, fue el principal logro de estos cuatro meses de lucha— puede mostrarnos también una posible ruta hacia adelante. ¿Cuál?

Vayamos paso por paso. El mismo maestro José Luis, a quien hemos citado unas líneas antes, menciona: “Todas las vías de lucha son importantes (la política, la pedagógica,

¹ De acuerdo con Luis Hernández Navarro, un intelectual que ha estudiado desde su inicio la lucha de la CNTE, “[ésta] ha trazado [...] tres líneas de acción: [...] la democratización del sindicato, de la enseñanza y del país. No se puede avanzar en una si no se avanza en las otras de manera simultánea [...] Una pregunta central que ha venido haciéndose [desde hace algún tiempo] es: *¿Existe, dentro del marco del sistema de educación pública oficial, margen para desarrollar una práctica pedagógica liberadora?*”.

la legislativa, etc.) y, por ello, no hay que desdeñar ninguna”. Esto es verdad, ya que cada forma concreta de resistencia contribuye en algo a la consecución de ese objetivo principal por el que maestros y otros sectores sociales estamos luchando. A la vez, es justamente ese *objetivo principal* el que les da fuerza, sentido y unidad a todas las formas de lucha particulares. Tal objetivo es, sí, la abrogación de la “reforma educativa” (y del resto de las reformas neoliberales del Estado), así como la construcción de un nuevo proyecto educativo, nacido desde abajo; *pero, también, en última instancia, la creación de una sociedad nueva, libre, autónoma.*

Mas, ¿cómo seguir construyendo esta última? Dice Víctor, de la Ciudad de México: “Hay [un grupo de maestros] que dice: [...] ‘Vayamos por [la ruta de la] organización, de la resistencia, de la autonomía, del poder popular’. Lo que seguiría, entonces, es [construir esto último]. ¿Con quién? Con las organizaciones sociales, los estudiantes, el pueblo organizado”. Es decir: justamente con quienes la CNTE ha venido trabajando ya —en la ciudad, sí, pero sobre todo en el campo— durante varias décadas. Precisamente de esta vinculación entre pueblo y magisterio, fortalecida durante los últimos cuatro meses, es de donde ha de emerger la autonomía.

No obstante, ésta no es una meta que se pueda alcanzar de manera inmediata, sino que es un camino lleno de dificultades, de contradicciones por superar. Dice José Luis, de Chiapas, refiriéndose al movimiento zapatista:

Es difícil emularlo, no porque no sea un movimiento muy inteligente, sino porque nuestra condición como magisterio es distinta. Los zapatistas sueñan con una revolución y son congruentes con su discurso, ya que renuncian a todo lo que venga del gobierno. Ellos creen en un nuevo mundo cuya base sea la autonomía. Nosotros, en cambio, para empezar, somos empleados del gobierno, lo que no quiere decir que seamos *correa de transmisión* del mismo, pero sí [afecta la forma en la que llevamos a cabo nuestra lucha]”.

Desde una perspectiva igualmente crítica, César Navarro, miembro de la CNTE en la Ciudad de México, apunta:

Hemos hablado mucho de autonomía, pero varios de nuestros proyectos educativos alternativos están aún limitados por el marco institucional. Tenemos que pensar, entonces, si somos capaces de ser verdaderamente autónomos, desde abajo. Algunas comunidades, pueblos y los maestros mismos lo han logrado, pero eso implica sostener económicamente los proyectos y tener su propio personal. Un ejemplo de educación autónoma sería la zapatista, que se hace al margen del Estado.

Así pues, si bien la cuestión de la autonomía es aún una tarea pendiente, su idea ronda ya en la cabeza de varios maestros y otros sectores sociales. Esto significa que, en efecto, puede y debe ser concretada, ya que “la Idea [de la libertad] no es tan débil que sólo tenga el derecho de existir, sin llegar a existir realmente”, como dice Hegel. ¿Cómo acercarnos cada vez más, pues, a ese horizonte?

Escuchar, construir desde abajo

Tal como los maestros lo han dicho en varias ocasiones, para poder abolir la “reforma educativa” (y, de hecho, todas las reformas neoliberales que la acompañan), se necesita “de la participación activa de todo el pueblo: los trabajadores de la educación, *solos*, no vamos a poder lograrlo. ¿De qué serviría, solos, estar todo un año en *plantón*?” Ciertamente. No obstante, como se ha visto en los más recientes cuatro meses, el magisterio es crucial para unir a la población: su estrecha vinculación con padres de familia, estudiantes y comunidades; su condición misma de trabajadores; la actitud militante que han sostenido durante varias décadas, entre otros factores, ha convertido a los maestros de la CNTE en un *referente social de lucha y resistencia*. Esto trae consigo una gran responsabilidad, que los docentes han venido aceptando y asumiendo.

Y, lo que han hecho en este sentido, es simplemente asombroso: escuchar a las comunidades con las que trabajan; comprender y compartir sus problemas; involucrarlas activamente no sólo en los *plantones*, *tomas* y marchas, sino en el proceso mismo de construir una nueva educación. Todo esto nos habla claramente del fuerte compromiso de los maestros de la CNTE por trabajar con *los de abajo* en tanto razón y fuerza, cuerpo y mente de la transformación social.

La parte complementaria de este proceso consiste en reflexionar constantemente sobre el sentido emancipador de estas acciones y pensamientos que nacen desde abajo, a fin de dar origen así a la unidad absoluta entre teoría y práctica: ¿Cómo estas acciones e ideas nos permiten dar pasos adelante en la construcción de una nueva educación, de una nueva sociedad? ¿Qué acciones tenemos que llevar a cabo aún para acercarnos a este objetivo emancipador? ¿Cómo es, en su plenitud, esa sociedad que anhelamos, que buscamos construir? ¿Cómo serían allí las relaciones humanas y laborales? ¿Y, entre los maestros y las comunidades? ¿Entre la ciudad y el campo?

Éstas y otras preguntas deben ser —y, de hecho, ya están siendo— respondidas, tanto teórica como prácticamente, por los sujetos en resistencia y los pensadores radicales. Sólo así es como podremos dar saltos cualitativos en la construcción de una sociedad autónoma, verdaderamente libre. En Praxis en América Latina, buscamos participar plenamente en este proceso; por ello, en primer lugar, partimos siempre de ver y escuchar lo que los maestros y otros sujetos rebeldes están haciendo y pensando, sobre todo ahora que han quedado atrás (por el momento) los *paros* y *plantones*, y la lucha se encuentra en otra etapa. En segundo lugar, contribuimos a hacer explícito el significado liberador ya implícito en aquellas acciones y pensamientos, a fin de que éstas puedan seguirse desarrollando hasta alcanzar su plenitud expresiva; es decir: la construcción de una nueva sociedad. Invitamos a otros colectivos y organizaciones a participar en esta labor.

El movimiento magisterial continúa: de las “negociaciones” con el gobierno a un nuevo proyecto educativo y social

(De *Praxis* núm. 10, sept-oct. 2016)

J.G.F. Héctor

Desde el inicio de las jornadas nacionales de lucha contra la “reforma educativa”, el 15 de mayo, el gobierno no ha hecho sino enfrentar al magisterio disidente con represión y más represión. El más nefasto de estos crímenes de Estado ocurrió en Nochixtlán, Oaxaca, el 19 de junio, cuando la policía federal asesinó a 11 personas e hirió a cientos mientras intentaba desalojar un bloqueo en la carretera a la ciudad de Oaxaca.

La masiva reacción a este hecho —la cual incluyó marchas nacionales, más bloqueos y *plantones*— obligó al Estado a, finalmente, aceptar dialogar con los maestros en resistencia. Dicho diálogo, además de centrarse en la “reparación de daños” por la masacre en Nochixtlán y por la aplicación de la “reforma educativa” (maestros despedidos, con sueldos retenidos o encarcelados), habría igualmente de tocar el punto clave de la cancelación de la “reforma”.

Dos meses han pasado desde entonces y, en realidad, ningún acuerdo sustancial ha nacido de dichas negociaciones. ¿Por qué? Porque la “reforma educativa” representa los intereses del capital y el Estado, quienes han de defenderlos *a capa y espada* —o, por mejor decir, *a tolete y gases lacrimógenos*. El gobierno busca entonces “distender el conflicto” Como expresa un docente: “[Estas negociaciones] han sido un proceso muy largo. El gobierno le ha apostado a llevarlo así, con el fin de desgastarnos física y económicamente. Quiere darnos migajas, en relación a lo cara que ha costado la lucha”.

Un normalista de Chiapas opina algo semejante:

¿Cuánto no nos gustaría tener un gobierno que, con sólo una llamada, aceptara tener una plática con nosotros? Pero no. El gobierno nunca entiende *por las buenas*. Además, estas “negociaciones” no cumplen las expectativas, no digamos ya de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), sino de la sociedad en general: no hay resultados en torno a la demanda central, que es la abrogación de la “reforma educativa”; es más, ni siquiera se ha tocado el punto.

Esto nos lleva a hacernos la siguiente pregunta: ¿Pueden en verdad estas “negociaciones” conducirnos al horizonte esbozado por la CNTE —esto es, a la cancelación total de la “reforma educativa” y la construcción de un nuevo proyecto pedagógico— o es necesario, más bien, emprender otra vía de transformación? Si sí, ¿cuál sería ésta? ¿Cómo iría construyendo?

La lucha sigue y sigue

Para respondernos este cuestionamiento es imprescindible, como siempre, ver y escuchar lo que los maestros, padres de familia y otros actores sociales que los respaldan están haciendo y pensando. En primer lugar: a pesar de que los docentes han asistido a todos los encuentros con el Estado, y de que se han mantenido abiertos a todo lo que pudiera surgir de allí, hay algo que han dejado muy en claro: “No se piensa levantar este paro, salvo que [el gobierno] nos diera por escrito la abrogación de la reforma educativa”. Es decir: sin cancelación de la “reforma”, el movimiento magisterial va a continuar por tiempo indefinido.

Y, en efecto, durante estos dos meses, las acciones para presionar al gobierno a que anule su “reforma” no han cesado: el *plantón* nacional en La Ciudadela, en la capital del país, está tan nutrido y tan activo como lo estaba desde su comienzo. Las protestas, bloqueos y *plantones* siguen a la orden del día en varios lugares del país. De igual forma, la mayoría —si no es que la totalidad— de las escuelas en Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas se encuentran *tomadas* por maestros y padres de familia desde el 15 de mayo; incluso en la Ciudad de México, donde la tradición combativa magisterial no es tan fuerte como en aquellos estados, un gran número de escuelas se unieron al *paro* nacional el 5 de julio. Si la “reforma” no es cancelada, padres y maestros en varias partes del país seguirán sin iniciar el ciclo escolar 2016-17, planeado para el 22 de agosto¹.

En todas estas acciones, como vemos, la participación de los padres de familia ha sido fundamental. Dice una madre de Chiapas:

Estamos en esta lucha a fondo y hasta la lograr la abrogación de la nefasta reforma educativa [...] Somos parte de este movimiento que ya no sólo es magisterial. Preferimos

¹ “Si no vuelven a las aulas”, ha amenazado el gobierno, “ni se reanudarán las negociaciones y podrá haber uso de la fuerza pública”. La situación es, de acuerdo con una expresión del propio magisterio, de “alerta máxima”. Más acciones represivas podrían tener lugar en próximos días.

perder un ciclo escolar, a perder la educación de toda la vida para nuestros hijos [...] No nos preocupa que nuestros hijos falten a la escuela, sino que se privatice la educación.

Más aún: el involucramiento de los padres y madres en la lucha iniciada por los maestros no sólo se traducido en apoyo moral y material, *sino que ha profundizado el sentido de la misma*: la ha hecho pasar de una batalla por los derechos laborales del magisterio a una auténtica defensa de la educación pública y gratuita. El hecho de que estos padres y madres pertenezcan a comunidades indígenas en el campo, o a pueblos originarios en la ciudad, ha puesto además en primer plano la conexión entre la defensa de las escuelas públicas y la necesidad de la autonomía política: ¿Cómo decidir lo que pasa en el ámbito educativo sin, al mismo tiempo, luchar por la autodeterminación de nuestra comunidad?

En síntesis: en todas estas actividades de protesta para exigir al gobierno la cancelación de su “reforma”, si ponemos atención, descubriremos algo más: la creatividad múltiple de los sujetos en resistencia para comenzar a construir una sociedad mejor. “Esta lucha ya no es sólo magisterial o gremial, sino popular”, como ha sido manifestado por el pueblo mismo tanto en palabras como en acción. Y, además, tiene un sentido que va mucho más allá de cualquier posible acuerdo con el Estado. Para desarrollar este punto, es importante dirigir la mirada a las distintas experiencias de educación alternativa que, desde hace años, están en marcha en varios puntos del país.

Modelo educativo impuesto por el gobierno vs. proyectos educativos nacidos desde abajo

En Oaxaca, por ejemplo, desde hace más de una década que el magisterio disidente ha venido trabajando en el Plan para la Transformación de la Educación en Oaxaca (PTEO); en Guerrero, están en funciones las escuelas *altamiranistas*; en Michoacán, los maestros han diseñado sus propios libros de texto para alumnos de primaria y secundaria, escritos tanto en español como en lenguas indígenas; en Chiapas, un proyecto similar, llamado Proyecto de Educación Alternativa, está igualmente siendo preparado; la Ciudad de México —y, sin duda, muchos otros lugares— tienen su propio historial al respecto.

Lo que todas estas experiencias tienen en común, y lo cual las constituye justamente como proyectos educativos autónomos es:

1) que parten de la diversidad cultural, étnica y contextual de México para tratar de desarrollar programas pedagógicos en sintonía con la misma, de modo que la educación pueda estar verdaderamente al servicio de las necesidades sociales;

2) que incorporan las ideas y aportaciones de todos los agentes relacionados con la educación: maestros, padres de familia, estudiantes, investigadores, comunidades, etc.

Se trata, pues, de “proyectos democráticos, apegados a la realidad”, en total oposición al modelo educativo vigente —que es capitalista y, por tanto, orientado sólo al mercado, a más de enemigo de la diversidad. La serie de foros sobre este tema —organizados por la CNTE desde hace más de una década, pero, sobre todo, desde la promulgación de la “reforma educativa” en 2013— nos hablan justamente del esfuerzo por sistematizar y extender dichos proyectos educativos (El más reciente de ellos se llevó a cabo el 9 de agosto, al mismo tiempo que la Secretaría de Educación Pública (SEP) presentaba *con bombo y platillos* su supuesto “nuevo” modelo educativo, que no es sino una variación más de la educación al servicio del capital).

Pero, en última instancia, un proyecto pedagógico autónomo no puede realizarse a plenitud en la sociedad capitalista. He aquí donde el movimiento iniciado por los maestros muestra su conexión con la necesidad de abolir el capitalismo en su conjunto. Dicho en términos positivos: la resistencia magisterial es una puerta abierta hacia la construcción de un nuevo mundo, verdaderamente humano. Como hemos visto, la participación en él de otros actores sociales (padres de familia, normalistas, comunidades indígenas, etc.), ha comenzado a darle *carne y sangre* a dicho horizonte.

Resumiendo: el sentido emancipador implícito en todas las acciones e ideas que hemos mencionado (desde el *plantón* nacional y los bloqueos hasta las experiencias de construcción de una educación autónoma) va mucho más allá de cualquier acuerdo que se pueda alcanzar con el Estado en las “mesas de negociación”. Lo que está ahí, en germen, es la posibilidad de edificación de una nueva sociedad: *no hay que mirar a otro lugar, sino a las prácticas e ideas de los sujetos en resistencia para comprobar cómo, en efecto, los cimientos de una nueva sociedad están ya siendo echados*. No hay que introducir nada desde fuera: *ninguna respuesta sustancial vendrá del gobierno, ni siquiera de los “partidos de izquierda” o “vanguardistas”*; *todo ha de surgir de la autodeterminación de los sujetos que luchan desde abajo*. Así pues, la nueva pregunta que aparece ante nosotros aquí es la

siguiente: ¿Cómo desatar todo este potencial contenido en los pensamientos y acciones de los movimientos sociales, de modo que puedan alcanzar su máxima expresión: la construcción de una sociedad nueva, verdaderamente humana? ¿Cómo contribuir a ello?

Actividad práctica, actividad teórica

Escuchemos la opinión de un normalista de Chiapas sobre el movimiento:

En primer lugar, hay que seguir exigiendo que se den las mesas de negociación [...] Ahorita, no estamos haciendo nada, sino que nos mantenemos a la espera [de que el gobierno responda]. Entonces, hay que intensificar las acciones [...] Y no me refiero sólo a las físicas, sino a las de conciencia: la pasividad no sólo se refiere a no estar realizando acciones, *sino a no buscar nuevas formas políticas de accionar*.

En Chiapas, por ejemplo, los compañeros llevan varios días tomando centros comerciales. [...] Requerimos de actividades más fuertes, que *le duelan* al gobierno. Alguna vez, llegamos a tomar Pemex; [en otra] el aeropuerto, pero no lo hicimos bien.

Nochixtlán es un buen ejemplo de [estas acciones fuertes], ya que sus habitantes bloquearon de manera indefinida las entradas a Oaxaca. Por eso los reprimieron.

Esta visión es importante: en primer lugar, nos habla de la necesidad de seguir con las protestas, *plantones*, etc. Pero no sólo eso, sino que “hay que intensificarlas”, hasta que el gobierno se sienta ahogado y, de una vez por todas, cancele su “reforma educativa”. Pero, aun en este escenario poco probable —ya que el gobierno no va a ceder *por las buenas* sus intereses y los del capital—, la lucha por una sociedad nueva no puede detenerse allí.

Es aquí donde se requieren no sólo “acciones físicas, sino de conciencia”; es decir: la actividad teórica. ¿Qué tipo de proyecto educativo queremos, buscamos? O, mejor aún: ¿qué tipo de nueva sociedad necesitamos construir, donde tal proyecto pueda desarrollarse a plenitud? Éstas son preguntas que el movimiento iniciado por los maestros se ha venido formulando (ya implícita, ya explícitamente) desde hace varios años, y que deben ser replanteadas de manera continua. La respuesta a las mismas está ya allí, en lo que los sujetos en resistencia (maestros, estudiantes, padres de familia, etc.) están haciendo y pensando. Ahí están, en germen, las ideas para una nueva sociedad. La tarea pendiente es, entonces, ubicarlas y desarrollarlas.

Este trabajo teórico es tan importante como el trabajo práctico: del mismo modo en que es fundamental seguir nutriendo los *plantones*, participar en marchas, apoyar con víveres y dinero a las resistencias, lo es también el hacer explícito (*poner en claro*) el sentido emancipador de dichas acciones. Dicha actividad teórica (nacida, como se ve, de las

prácticas liberadoras mismas) nos permitirá ir respondiendo a otra pregunta, igualmente decisiva para los movimientos sociales: ¿qué actividades debemos realizar, de modo que podamos seguir dando saltos cualitativos en la construcción de una nueva sociedad? O, planteado de otra forma: ¿qué acciones son la concreción plena de una idea de liberación?

La práctica con la teoría, la teoría con la práctica. Sólo cuando ambas están juntas — no una *además de la otra*, sino en unidad plena: práctica que es, en sí misma, teórica; teoría que es, en sí misma, práctica—, damos pasos agigantados en el camino hacia la liberación humana. Lograr constantemente esta unificación es, a nuestro parecer, la tarea más importante que tiene ante sí no sólo el actual movimiento magisterial, sino todas las luchas desde abajo —las cuales llevan en sí las semillas de un mundo nuevo, verdaderamente humano.

La CNTE, un nuevo momento de protesta:

¿Cómo construir un nuevo camino?

(De *Praxis* núm. 9, julio-ago. 2016)*

David Walker/J.G.F. Héctor

La barbarie del gobierno de Peña Nieto, su policía federal, su ejército; el asesinato de 11 compañeros en Noxchitán, Oaxaca; el constante uso de toletes y gas lacrimógeno; las expulsiones, los desalojos y las desapariciones forzadas en todo México

vs.

La creatividad del movimiento desde abajo: la militancia de los maestros disidentes de Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Michoacán; la resistencia de las familias y estudiantes de Ayotzinapa, así como de otras normales; las luchas indígenas y campesinas; las protestas urbanas.

En Nochixtlán, Oaxaca, el domingo 19 de junio, hubo un ataque vil y violento contra profesores disidentes, jóvenes, padres de familia y otras personas que estaban con ellos. 11 compañeros fueron asesinados por la policía federal: Óscar Aguilar Ramírez, de 25 años; Andrés Sanabria García, de 23; Anselmo Cruz Aquino, de 33; Yalid Jiménez Santiago, de 29; Óscar Nicolás Santiago; Omar González Santiago, de 22; César Hernández Santiago; Antonio Pérez García; Silverio Sosa Chávez; Jesús Cadena Sánchez, de 19; Jován Azarel Galán Mendoza, de 18. Además, 45 quedaron heridos por impactos de bala y 23 fueron apresados.

Pero, ¿cuál fue el “crimen” que los asesinados cometieron? Bloquear una autopista, a fin de que matones profesionales (también conocidos como *policía federal de México*) no pudieran entrar a la ciudad de Oaxaca para reprimir a los maestros de esa entidad y a quienes los apoyan —es decir, a los ciudadanos oaxaqueños.

* Una versión de este texto se presentó en el foro “Entre los movimientos sociales y el pensamiento crítico”, coorganizado por Praxis en América Latina y otros colectivos en el *plantón* nacional de la CNTE en La Ciudadela, el 20 de junio de 2016. Además de con los maestros disidentes, dicho foro contó con la presencia de otras luchas sociales y colectivos.

Más aún: el verdadero “crimen” que los docentes y la población cometieron, no sólo en Oaxaca, sino en Chiapas, Michoacán, Guerrero y otros estados del país, ha sido cuestionar la absurda “reforma educativa” del gobierno de Peña Nieto, que no es sino una ley para castigar a los maestros y tratar de destruir su espíritu combativo y su sindicato independiente. La lucha de los maestros es, por tanto, la de todos los trabajadores en contra de la legislación neoliberal, la cual quiere convertirnos en mano de obra cada vez más barata y removible.

A la par, los docentes han estado trabajando en la construcción de un sistema educativo emancipador, en el que ellos, junto con estudiantes, padres de familia y, en general, las comunidades en las que viven y dan clases, puedan decidir cómo mejorar la educación. Tal forma de pensar y actuar es justo la que el Estado quiere reprimir.

Por ello, el verdadero crimen, los verdaderos criminales, son el gobierno y sus así llamados “funcionarios educativos”: el “Estado de derecho” se ha convertido en el Estado de los toletes; del gas lacrimógeno; de la expulsión violenta de manifestantes pacíficos en la mitad de la noche; de la cerrazón a escuchar a los docentes que se oponen a la farsa de la “reforma educativa”; del arresto a maestros bajo cargos ficticios; del cierre de los espacios supuestamente públicos para que el magisterio y otros manifestantes no puedan tener acceso a ellos.

Sin embargo, en contra de este salvaje autoritarismo —cuya expresión más bárbara ha sido la masacre en Oaxaca—, aparece la poderosa y creativa resistencia de miles y miles de profesores. Docentes de Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Michoacán se han manifestado en sus estados día tras día, a pesar del acoso de los matones de la policía federal y estatal. Junto a ellos, están los padres de familia, estudiantes y otros miembros de las comunidades donde trabajan, así como, en particular, los familiares de los estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa, Guerrero. Más aún: este *nuevo momento* de lucha y resistencia por parte del magisterio se ha vuelto *uno* con el *movimiento emancipador* que aquéllos —junto con normalistas de todo México y cientos de miles de otras personas— iniciaron luego de los crímenes de Estado del 26 y 27 de septiembre de 2014. Como escribimos recientemente en el número 8 de *Praxis en América Latina*:

La verdad sobre Ayotzinapa es lo que ha ocurrido en los meses posteriores al horror del 26 y 27 de septiembre de 2014: los cientos de acciones de protesta; la presencia de las masas (estudiantes, indígenas, mujeres, trabajadores, intelectuales, etc.) por decenas y cientos de

miles en las calles; la dignidad y la persistencia de las demandas y luchas de los familiares de Ayotzinapa: ¡Vivos se los llevaron; vivos los queremos! Todo ello ha significado un nuevo momento en la historia de México: uno que no debe perderse, ni quedarse sólo en la memoria, sino que debe ser desarrollado.

A esta *unidad de luchas* hay que agregarle la práctica y el pensamiento liberador de los zapatistas. Veamos lo que escribieron al inicio de un comunicado en el que hablan de la importancia de la resistencia magisterial y de su relación con todas las otras luchas que se están llevando a cabo en el país:

¿El calendario? Mayo del 2016. ¿La geografía? Bueno, pudiera ser cualquier parte de ese país rasguñado hasta sangrar por las desapariciones forzadas, la impunidad hecha institución, la intolerancia como forma de gobierno, la corrupción como *modus vivendi* de una clase política hedionda y mediocre. Pero también pudiera ser cualquier parte de ese país sanado por el empecinamiento de los familiares que no olvidan a sus ausentes; la búsqueda tenaz de la verdad y la justicia; la rebelde resistencia frente a los golpes, balas, barrotos; el afán de construir un camino propio sin amos, sin patrones, sin salvadores, sin guías, sin caudillos; la defensa, la resistencia, la rebeldía; la grieta haciéndose más ancha y profunda a fuerza de dolor y rabia.

“México”, le llaman comúnmente a ese país, este país, que refleja a su modo una crisis que sacude al mundo entero.

Es decir: de un lado, el autoritarismo; del otro, la resistencia que nace desde abajo, y que lleva en sí la posibilidad de un mundo mejor. La lucha de los maestros no es sólo suya, sino *de todos*. Y esto no es sólo una consigna abstracta, sino que, como hemos visto, cientos de miles de personas (los familiares de Ayotzinapa, los zapatistas, estudiantes y padres de familia de las comunidades donde trabajan, intelectuales, universitarios y “sociedad civil” en general) se han encargado de darle *cuero y sangre* a esta idea: haciéndoles llegar mensajes de solidaridad a los docentes; llevándoles ropa, comida y dinero a los *plantones*; uniéndoseles en las marchas; dándoles todo su apoyo para que dejen las aulas y estén en las calles, protestando; así como, en el caso de varias comunidades en distintos estados del país, afirmando que, si el gobierno intenta despedir o sustituir a los maestros disidentes, ellas *tomarán* los planteles escolares.

Pero, ¿puede esta solidaridad, ya concreta y auténtica en sí, ir más lejos aún? Todo comienza, sin duda, con escuchar a los maestros: sus experiencias, sus reflexiones acerca de todo lo que les ha pasado, así como de los cambios que les gustaría hacer en el país. En otras palabras: todo comienza *escuchando desde abajo*, no como un acto de “buena fe”, sino con la conciencia de que ese *desde abajo* no es sólo músculo, demostraciones de

fuerza y experiencia práctica, sino que esto trae aparejados razones e ideas, conceptos sobre el cambio social, sobre cómo destruir lo viejo y construir lo nuevo: nuevas condiciones de trabajo, un nuevo sistema educativo, etc.

En *Praxis en América Latina*, hemos partido justo de ese acto de escuchar: los pensamientos e ideas de los maestros han aparecido y seguirán apareciendo en nuestro periódico, como parte sustancial del mismo. A la vez, nos preguntamos: ¿es posible ir hacia adelante, en esta encrucijada entre autoritarismo y resistencia? Y, si sí, ¿cómo? Otra forma de plantear esto sería la siguiente: ¿qué se necesita para transformar este *nuevo momento* en un *nuevo comienzo* que no sólo implique la necesaria resistencia contra el Estado autoritario, sino que también *ponga* las semillas para un futuro liberador? O, para decirlo nuevamente con los zapatistas:

El tiempo del *no*, el tiempo del *sí*. Definidos los *no*, falta de acabar de delinear los *sí*: “¿podría ser de otra forma?” [...] Hay un *no* que ha parido [esta pregunta]: “no tiene por qué ser así” [...] Falta responder a las preguntas que se atropellan después de ese *sí*: ¿Cómo es ese otro mundo, esa otra sociedad que imaginamos, que queremos, que necesitamos? ¿Qué hay que hacer? ¿Con quién?

Otra pregunta imprescindible: ¿cuál es el significado emancipador de este nuevo momento? Para responderla, es necesaria no sólo una *solidaridad en la práctica*, sino también *de ideas*: el desarrollo —en conjunto con los maestros, las familias de Ayotzinapa, los zapatistas; en una palabra: con los movimientos desde abajo —de una visión emancipadora, un nuevo humanismo para nuestros días. Es una responsabilidad que hay que asumir y que implica, en primera instancia, pensar las actuales luchas en México en el contexto de las resistencias que surgen y vuelven a surgir en el mundo: la Primavera Árabe, el movimiento juvenil y laboral francés, la revolución siria, etc.

En segundo lugar, implica ponerlas en relación con las luchas de la humanidad por la liberación a lo largo de toda su historia. La forma más elaborada de la expresión de esas luchas ha sido la aparición de una *filosofía de la liberación humana*; nos referimos, aquí, a la dialéctica de Hegel y, en particular, a la de Marx. Pero, ¿por qué la necesidad de una filosofía tal? ¿Por un interés meramente teórico? Todo lo contrario: *una visión emancipadora que esté enraizada en las voces y acciones desde abajo y, al mismo tiempo, en la dialéctica, es una fuerza impulsora que, al ser recreada al seno de los movimientos mismos, puede ayudar a dar saltos cualitativos en el camino hacia la liberación humana.*

Para “ilustrar” esta “practicidad” de la filosofía, nos gustaría referirnos a un momento crucial en la historia del zapatismo: la traición, por parte del Estado, de los Acuerdos de San Andrés en 1996, los cuales garantizaban formalmente la autonomía indígena. Los zapatistas se vieron entonces ante un gran obstáculo en la consecución del nuevo mundo que buscan edificar. Pero lo superaron: decidieron que, si el gobierno no cumplía su parte de los Acuerdos, ellos los harían efectivos sin el permiso de aquél. El resultado es de todos conocido: una profundización sin igual en el proceso de la autonomía indígena. Éste fue no sólo un acto de “estrategia o táctica políticas” sino, podríamos decir, un *acto filosófico*; en otras palabras: un acto en el que la visión emancipadora de los zapatistas se concretó para dar un paso decisivo en la construcción de ese “nuevo mundo donde quepan todos los mundos”.

¿Podemos, entonces, contribuir a recrear una visión emancipadora tal para este momento, cuando la resistencia magisterial nos ha conducido a un nuevo momento en la historia de México? Éste es el tipo de *solidaridad de ideas*, de unión entre teoría y práctica que, desde *Praxis en América Latina*, queremos impulsar. Invitamos a todos a ponerse en contacto con nosotros y a participar de ella.

Voces de los maestros en resistencia

(de *Praxis* núm. 9, julio-ago. 2016)

Selección de entrevistas realizadas por Praxis en América Latina a maestros que se encontraban resistiendo en el plantón ubicado en la Plaza de la Ciudadela, en la capital del país, así como a aquéllos que llevaron a cabo el sábado 4 de junio la Octava Jornada de Actividades Pedagógicas en la delegación Azcapotzalco.

Michoacán

Maestras de Apatzingán

Nosotras tenemos la fortuna de trabajar en áreas rurales; de hecho, vivimos en la misma comunidad en la que trabajamos: estamos ahí de lunes a viernes y, ya el fin de semana, nos vamos a nuestras casas. Esto hace más estrecha la relación con las comunidades. En esas zonas, las personas son más conscientes acerca del movimiento que estamos llevando a cabo como maestras; los padres de familia conocen las razones de nuestra lucha y por eso nos apoyan.

Vivir en la comunidad en la que se trabaja implica *estar más al pendiente* de nuestra propia labor. Tenemos oportunidad de quedarnos unas “horas extras”, a fin de poder atender a niños a los que se les dificulta un poco más el aprendizaje, de preparar eventos, trabajar con los padres de familia, etc.

Hace un par de días, estuvimos en nuestras escuelas y les comunicamos a los niños que nos veníamos para México, al *plantón*. Ellos nos dijeron: “No vayan. Allá dicen que ustedes son delincuentes y los *corren* de donde están, no los dejan pasar, la policía los golpea” (Ellos nos conocen y saben que no somos delincuentes, aunque diga lo que diga [el gobierno]). Los niños estaban preocupados por nosotras, igual que cuando vamos a alguna marcha. No es que estén en contra de que protestemos, sino que les da miedo lo que nos pueda ocurrir. De hecho, nos apoyan totalmente, aunque “perdamos clases”.

¿Por qué? Porque no dejamos de lado lo académico. Más bien, hemos avanzado mucho en ese aspecto. En las reuniones que hacemos con los padres de familia, ellos nos han dicho: “Maestra, nosotros vemos que los niños no van atrasados, sino que van bien. Ustedes no nos han fallado en todo el año. Entonces, luchen por lo que tienen que luchar”.

Y es que ahí está el punto: *nunca faltamos a clases* Y, cuando lo hacemos, no es por irnos a nuestras casas, sino por luchar.

Por otra parte, siempre nos preparamos para dar las clases de manera diferente, didáctica. Más aún: en Michoacán, los maestros hemos creado libros y material de trabajo, encaminados hacia una nueva propuesta educativa. Desde hace tiempo, ya existía material para primero y segundo año [de primaria], pero, a partir de hace como dos años, ya hay para todos los grados. Ésta sería la verdadera *reforma educativa*.

Con nuestras acciones de protesta, buscamos *parar* la “reforma” del gobierno. Hay muchas cosas detrás de ella: les quieren cobrar los libros a los alumnos, así como cuotas; además, buscan que los padres de familia paguen la luz [de las escuelas]. ¡Y nosotras venimos de una zona donde los niños no tienen ni para comer!

No estamos peleando porque nos aumenten el sueldo, o porque queremos más días de vacaciones, sino por los niños, que son el futuro.

Es verdad que, cuando hacemos una marcha, se “obstruye” la circulación, *pero ésa es la única forma en que podemos ser escuchados*. Quedándonos en las aulas, aceptando lo que nos mandan, nunca lo van a hacer. Sólo siendo escuchados las cosas pueden cambiar: *El maestro, luchando, también está enseñando*.

Otra maestra de Apatzingán

La lucha es contra las reformas estructurales: *echarlas abajo*. La que nos afecta más directamente es la “educativa”, pero las otras también, como parte del país al que pertenecemos. Como ustedes saben, esto no es una reforma educativa, sino laboral. La mayoría de los maestros estamos en oposición [a ella].

Las condiciones de las escuelas en las zonas rurales son muy diferentes a las de la ciudad. En Apatzingán, el clima es muy caluroso, día y noche. Nuestros salones carecen de ventiladores, y estamos “encerrados” ahí todo el tiempo con los niños; ellos no resisten el calor. A las 10 de la mañana, ya parecen desmayados. Además, las comunidades son muy pobres: las familias no tienen para darles de comer a los niños, que salen de sus casas sin desayunar. Nos falta mucho material de trabajo, y hasta personal: no nos mandan más maestros. Hacen falta más escuelas. En algunas, hay [sobrecupo de] alumnos.

Con los padres de los estudiantes hay una buena relación. De hecho, en la mayoría de las escuelas las familias nos apoyan para estar en la lucha; no hay ningún problema por parte de ellas; no se quejan ante las autoridades. Comparten la lucha con nosotros.

Las dificultades para nosotras las mujeres [aquí, en el *plantón*] son varias: no tenemos baños para bañarnos, por ejemplo, pero tenemos que seguir en la lucha, porque, si no, no vamos a conseguir nada bueno. No solamente es por nuestro empleo, sino por la gratuidad de la educación: que la educación sea para toda la población.

Para resolver esta situación, primero el gobierno federal debe sentarse a platicar con nuestros dirigentes: dejar de reprimirnos en todos los lugares donde nos manifestamos. En Chiapas, Guerrero, Oaxaca, ya habido maestros asesinados; otros están presos (como prueba, Rubén Núñez de Oaxaca). También, en la manifestación de ayer [17 de junio] se vio la cantidad de policías que había. Hay formas de castigar más al movimiento.

Maestro de Educación indígena

Para poder tener un México pluricultural, debemos rescatar nuestras raíces. Los programas educativos [oficiales] están haciendo a un lado la educación indígena y se están orientando más bien hacia el capitalismo. Nosotros trabajamos en comunidades con un alto índice de marginación, donde los recursos no nos llegan. Tenemos escuelas totalmente descuidadas, desatendidas en su infraestructura. Además, están las reformas laborales contra nosotros los maestros. Pero nosotros seguimos ahí, enseñando tanto en español como en purépecha.

De donde vengo, la relación entre maestros y comunidades es estrecha, ya que, quienes trabajamos en Educación indígena, también somos indígenas. Por ello, entendemos las necesidades y problemáticas de las comunidades. Muchas veces, trabajamos más allá del “horario normal”, quedándonos a atender a alumnos y padres de familia.

Ellos apoyan totalmente nuestras acciones de protesta: ven que estamos siendo afectados y nos exigen que salgamos a luchar; que hagamos *paro* no con el fin de descansar o ir a trabajar nuestras tierras, sino de exigir nuestros derechos. Incluso, nos han apoyado participando en algunas marchas en Michoacán.

Con las jornadas de lucha [iniciadas el 15 de mayo], el gobierno se está dando cuenta de que no sólo es un cierto porcentaje del magisterio el que está inconforme, sino que esto es más general. La sociedad ya está despertando.

Maestros de telesecundaria

En esta lucha, contamos con el apoyo de los padres de familia. Ellos nos han permitido estar aquí en la ciudad de México. Como magisterio, debemos mantenernos unidos, porque nuestro objetivo es el mismo: solicitar un diálogo con el gobierno, a fin de que las decisiones que se tomen sobre la educación no sean unilaterales. No venimos sólo de una región del país, sino de diferentes estados.

Sin embargo, muchas veces los maestros somos rechazados socialmente, porque nuestra resistencia afecta a los intereses de algunas personas. Por ello, le pedimos a la población tolerancia y apertura; que conozca cuáles son las causas reales de este movimiento: la lucha magisterial no sólo es para beneficio de los maestros. Esto explica el que se nos hayan unido distintas agrupaciones sociales.

Ciertamente, un *plantón* “se ve mal”; no obstante, hace poco una persona se nos acercó y nos dijo: “Antes yo no apoyaba esto que hacen los maestros; ahora, ya, porque veo todo lo que les está haciendo el gobierno. Luchen en nombre de todos”.

Lamentablemente, muchas personas no pueden unirse a este movimiento, porque tienen otras responsabilidades: trabajo, familia, etc. Nosotros, que estamos organizados, podemos estar aquí.

Guerrero

Maestra

Las maestras *notificadas* (es decir, que hemos recibido un aviso para que nos presentemos a la “evaluación docente”, la cual nos quita toda nuestra antigüedad y derechos), recibimos un hostigamiento constante: nos mandan mensajes, correos, etc. Piensan que, como somos mujeres y, por tanto, “débiles”, vamos a abandonar la lucha fácilmente. Pero, si ustedes se fijan, la mayoría aquí somos mujeres.

Nosotras, como mujeres, hemos sido reprimidas. Ahorita, si quiera, ya “nos dejan” trabajar. Poco a poco hemos ido ganando luchas. El líder de nuestro sindicato, por ejemplo,

es una mujer. Pero aún falta por hacer: las mujeres, a diferencia de los hombres, tenemos responsabilidades como mamás; aunque ellos también luchan por sus hijos, nosotras hemos sido siempre las encargadas [directas] de cuidarlos.

Yo no quiero que mi nieto tenga una educación privada (que, supuestamente es mejor que la pública, pero no es cierto). Como nuestro país tiene tanta deuda externa, hasta él ya tiene ya que pagarla. Aquí en la ciudad, también vemos la pobreza: los niños indigentes necesitan un lugar bueno, sano, para estar. Por ello, yo no estoy dando esta lucha nada más por mí, por estar *notificada*, sino por mis hijos y nieto.

Maestro

Nuestro estado tiene condiciones propias. Debido a las situaciones que hemos vivido —la más reciente de ellas, la desaparición forzada de los 43 normalistas de Ayotzinapa—, hemos creados nuestras propias organizaciones, las cuales nos han permitido ganar fuerza en la lucha.

Para estar aquí [en el *plantón*], trabajamos con los padres de familia. Nosotros venimos con la anuencia y el apoyo de ellos; les hicimos ver lo que los medios [de comunicación de paga] no dicen: que se busca privatizar la educación como ya se ha privatizado, por ejemplo, el agua, la cual hoy todos tenemos que comprar en botellas.

El gobierno tiene la obligación de darles educación a los hijos, pero poco a poco se ha ido deslindado de aquella, pasándosela a los padres de familia, que a veces prefieren pagar, “por comodidad”, escuelas privadas. Por otro lado, el presupuesto que debería ser para educación se va a otros rubros: campañas electorales, policía, ejército, etc.

Por ello, hemos tratado de *empatar* un solo movimiento, porque la afectación de la “reforma educativa” (que, como sabemos, no es educativa, sino laboral-administrativa, porque no tiene nada que ver con los planes y programas [de estudio] que usamos) es para todos. Si de verdad ésta fuera una reforma por la calidad educativa, el Estado estaría mejorando los planteles. En nuestro país, hay más escuelas en el medio rural que en el urbano, y son las primeras las que tienen más necesidades.

Sabemos que no ha sido y no será fácil esta lucha, pero no nos queda de otra: si no lo hacemos nosotros, nadie lo va a hacer. Los gobiernos anteriores siempre han estado

cerrados, pero al menos han dado pie al diálogo —cosa que éste, en los tres años que lleva, no ha hecho; más aún: ha recrudecido la represión.

Oaxaca

Maestra

Soy profesora bilingüe: enseño en español y en mixteco. Ahorita, estoy a cargo del tercer año de primaria. Vengo de la costa de Oaxaca; específicamente, de Pinotepa Nacional. Como ya se sabe, estamos en *plantón* porque nos resistimos a la “reforma educativa”.

La escuela en la que trabajo es de *organización completa*: trabajamos de ocho de la mañana a una de la tarde. Muchos creen que los maestros sólo laboramos cinco horas, pero no es así: en las zonas rurales, además de dar clases, implementamos eventos culturales, creamos viveros, nos reunimos con padres de familia y la comunidad, etc. Todo eso se lleva a cabo en horarios extra escolares, por las tardes, e incluso en fines de semana. No es verdad, entonces, que trabajamos pocas horas y ganamos mucho. Pero el gobierno no ve ninguna de estas actividades [extras] que hacemos. Además, muchos de nosotros tenemos licenciaturas y posgrados terminados, que el Estado no reconoce: con la “reforma educativa”, quiere vernos a todos como “principiantes”.

En nuestra lucha, hemos recibido todo el apoyo de los padres de familia. Cuando nosotros les avisamos que íbamos a empezar estas jornadas de resistencia, de hecho, nos pidieron que estuviéramos presentes en las actividades [de protesta]: querían vernos en los *plantones*, ya sea aquí en la ciudad de México o en Oaxaca.

En el plano académico, las mujeres hemos resaltado bastante; en cuanto a lo político, muchas compañeras tienen el valor de estar aquí [en el *plantón*] y no dejarse intimidar, a pesar de que se sabe que corremos riesgos y pasamos muchas carencias. Es un orgullo que las mujeres estemos aguantando todas estas inclemencias.

A la población que todavía no nos apoya, yo le pediría que reflexione sobre que no estamos aquí nada más “obstruyendo las calles”, sino peleando por nuestros derechos y por la educación pública.

Chiapas

Maestro

Aquí hay maestros de las 24 regiones en que está dividido el estado de Chiapas. Desde 2013, cuando empezamos nuestra resistencia contra la “reforma educativa”, decidimos construir un vínculo muy fuerte con los padres de familia. ¿Cómo? Desplegando actividades que ayudaran a mejorar la enseñanza y el aprendizaje de los niños, dedicándole más tiempo a nuestras labores e informándoles sobre lo que dicha “reforma” implica.

Desde el 15 de mayo, el 100% de las escuelas en Chiapas se encuentran en *paro* indefinido. Más o menos en el 98% de los casos, esto lo hicimos los maestros (con el consentimiento, claro está, de los padres de familia). En el otro 2%, donde hay maestros que siempre han sido *esquiroles* del gobierno, fueron los padres de familia quienes cerraron las escuelas y obligaron a dichos maestros a sumarse a la lucha, ya sea en Chiapas o en la ciudad de México.

El apoyo de los padres de familia es incondicional. El 31 de mayo, por ejemplo, gracias a ellos logramos *bloquear* 120 de las 122 alcaldías que hay en nuestro estado.

En cuanto al apoyo de otros sectores sociales, hay que mencionar a los zapatistas, que siempre han *abrazado* las luchas del magisterio democrático. Su solidaridad no nos sorprende, ya que, desde 1994 [año del levantamiento del EZLN], reiteradamente nos la han expresado.

Nos apoyan, también, los estudiantes normalistas, así como de todos los planteles de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) de Chiapas; de igual forma, está la solidaridad de las organizaciones sociales e, incluso, de algunos empresarios. Todos ellos nos apoyan con víveres, económicamente, etc. Por todo eso, en nuestras manifestaciones estatales ha llegado a haber más de 200,000 personas.

Nuestro movimiento es de multitudes, de bases, *pero pacífico*. Queremos mostrar la fuerza de la inmensa mayoría de los maestros, padres de familia y sociedad, quienes estamos en contra de la “reforma educativa”. Aunque ya está aprobada como “ley”, creemos que *se puede echar abajo*. Por ello, nuestro objetivo inmediato en estos días de lucha es establecer una mesa de diálogo, de negociación, con las autoridades federales.

¿Qué temas abordaríamos? Precisamente, las afectaciones a nuestros derechos laborales, así como a las escuelas normales y a la escuela pública en general. Nuestra lucha

es por nuestro empleo (lo cual la hace una lucha legítima), pero también en defensa del *normalismo*. Con estas “reformas” arbitrarias, punitivas, se desalienta a las futuras generaciones para formarse como docentes. Si *avanzara* la “reforma educativa” (aunque en Chiapas no está *avanzando* en lo más mínimo), veríamos el cierre de las escuelas normales, ya que ningún joven se sentiría impulsado a estudiar para ser maestro.

En cuanto a lo ocurrido el 31 de mayo en Comitán, Chiapas¹, queremos decirle a la población que nos deslindamos totalmente de esos actos. Esto lo hizo el gobierno para *manchar* la imagen del magisterio que está resistiendo. Nosotros no necesitamos ejercer violencia alguna para defender nuestros derechos y la educación pública.

Maestro de Educación indígena

Nuestro movimiento no es gremial. Gracias a la CNTE, las “reformas” estructurales [del gobierno] han sido bloqueadas, lo que ha evitado que el país se suma más en la pobreza. En Chiapas, las comunidades se *alzaron* para empezar a revisar estas reformas: se *conectaron*.

Después de 2013, cuando varios compañeros maestros a los que todavía no *les caía el veinte* aceptaron ser evaluados [por el Estado] y se dieron cuenta de cómo les afectaba esto, comenzaron a *cerrarse círculos*. No estamos en contra de la evaluación, sino de que sea sancionadora, que desconozca los derechos laborales.

El papel asignado al maestro, desde hace mucho, ha sido el de *alfabetizar*, no el de *educar*, porque eso es lo que necesita el Estado capitalista para seguir enriqueciéndose. Sin embargo, hay gente con corazón, con experiencia, que quiere revertir esto. Hay estados completos [en el país] que están tratando de desprenderse de aquel modo de entender la “educación”.

En Chiapas, los maestros nos dimos a la tarea de empezar a auto educarnos: ver, escuchar, qué es lo que nos conviene como sociedad. ¿Qué tipo de vida tendríamos si lo perdemos todo? Las “reformas” son una declaración de muerte al pueblo. Los campesinos están empobrecidos, porque el Tratado de Libre Comercio (TLC) les impide vender sus productos; lo que se consume, viene de otro lugar. Pero vamos paso por paso.

¹ Se refiere a la supuesta vejación, por parte de los maestros en resistencia, a profesores y líderes magisteriales *esquiroles*.

Los zapatistas son otro bloque que no se queda de *brazos cruzados*. Como pueblo *ch'ol*, nosotros hemos huido de los espacios de explotación; otras culturas, en cambio, fueron obligadas a permanecer en el seno de la explotación, hasta que se rebelaron. Esta fuerza es característica de los indígenas en Chiapas.

El gobierno no *toca su corazón*, sólo reprime. Pero, entre más represión haya, más se *despierta* la gente, más crece el movimiento. Si *sube el tono* de la represión, también lo hace el de la organización. No crece el desánimo, sino que empezamos a replantear qué tareas tenemos cada uno de nosotros para rediseñar la sociedad.

Maestro

La reforma se puede *tumbar*, cuando la gente despierte y diga *ya no queremos más hostigamiento, más represión hacia nosotros*. Pero es difícil, porque [el Estado] se aprovecha de la necesidad de la gente: al ver que le ofrecen un poco de dinero, accede a cumplir las cosas que los patrones o el mismo gobierno [le piden].

El gobernador de Chiapas ha dejado que la policía federal nos ataque. Él dice que va a defender a los maestros “que están en el salón de clases”, pero a veces esos maestros no son los realmente comprometidos con sus niños, sino con su quincena.

Nosotros, en Chiapas, tuvimos reuniones, platicamos con los padres de familia y dijimos: “Primero, vamos a defender nuestros derechos y, de ahí, la educación gratuita”. Los papás respondieron: “Nosotros queremos un compromiso de ustedes. Está bien, se van a *paro*, pero denos una idea de qué van a hacer cuando vuelvan a clases”. Ya nosotros habíamos visto que, regresando, posiblemente en la tardes, sábados o domingos, podíamos reponerles las clases a los niños. Los papás nos dijeron entonces: “Se ve que tienen ganas de luchar por su trabajo y por mis hijos”, y eso es lo que estamos haciendo acá nosotros.

Otro maestro de Educación indígena

Ocosingo es la región que está *moviendo* a Chiapas. Yo soy de allí y les doy gracias a los padres de familia, quienes nos han apoyado en todos los sentidos: tanto en el movimiento como en llegar a las comunidades marginadas. Nos han ayudado a *tomar* y promover medios masivos de comunicación, para que nuestras exigencias sean divulgadas. Asimismo, hemos hecho *bloqueos* como parte de nuestra lucha.

Yo soy maestro de idioma nativo: tengo que dominar tanto el tzeltal como el español. Es un trabajo difícil, complicado, pero ahí lo estamos llevando acabo. Desafortunadamente, a los 9 ó 10 años [el gobierno] nos cambia el plan [de estudios] y, para volver a retomar [nuestras actividades], es un poco difícil. El gobierno pide calidad, pero no *aterriza* sus planes y programas dentro del contexto social del niño y las condiciones en las aulas.

¿Cuál es la situación en las escuelas? El Estado dice que hay suficientes recursos, pero, en realidad, las escuelas rurales [están en muy malas condiciones]. Se hace mucho lodo cuando llueve, se inundan, algunas no tienen sillas. El gobierno evalúa a los niños de las comunidades rurales igual que a los de las ciudades, pero éstos aprenden de modo distinto que aquéllos. ¿Cómo pretenden evaluar así?

Hay que mejorar la infraestructura para mejorar la calidad de la educación. Por eso estamos en este movimiento, para que se vea la realidad. Tenemos el apoyo total de la comunidad de Ocosingo.

Regional Azcapotzalco (Cd. de México)

Ésta es la octava ocasión en que sacamos nuestras actividades pedagógicas, nuestra educación alternativa, a las calles. Uno de los frentes en que estamos llevando a cabo la lucha como CNTE es el pedagógico, y es en esta Jornada donde se expresa. Los maestros que estamos aquí, la mayoría de nosotros del nivel secundaria, estamos compartiendo con la población lo que es la educación democrática: vamos más allá del programa [oficial] de estudios, de los horarios y los encasillamientos.

Los niños [que están participando en esta Octava Jornada] se desenvuelven de manera creativa; muchas veces, dentro de las escuelas cuesta trabajo hacer esto, por la cuadratura con la que funcionan, pero aquí es posible. Estas jornadas las realizamos una o dos veces al año, y son parte del diálogo [nacional] por la educación que estamos proponiendo.

A pesar del *charrismo* y de las autoridades, que siempre sabotean los actos de la CNTE, aquí están hoy padres de familia, alumnos y la comunidad en general, integrándose. Ése es el objetivo de una actividad como ésta: dar a conocer nuestro proyecto educativo alternativo, [que busca sobreponerse] a la falta de recursos.

Aquí en Azcapotzalco, en la escuela 207 “Zapata Vive”, hay una propuesta muy desarrollada. Los sábados hay cursos especiales con compañeros de la Universidad

Nacional Autónoma de México (UNAM) que van a apoyar, y se abren a toda la comunidad. Esto, en un espacio que antes estaba controlado por las autoridades. Las escuelas 67 y 140, vespertina, también han ido desarrollando proyectos parecidos.

La educación pública se defiende desde las comunidades; éstas, al *estar dentro* de las escuelas, hacen suyo el espacio, y saben que, con esta “reforma educativa”, lo que se está perdiendo es la oportunidad de los jóvenes para sumarse a un proceso de educación. Pero, vincularse con la comunidad es más difícil en la ciudad que en espacios con tradiciones más arraigadas. Aun así, en Azcapotzalco hay pueblos y barrios originarios, lo cual nos ayuda a reapropiarnos de los espacios públicos. Éstos los hemos venido ganando, porque no es fácil que las autoridades nos los “concedan”.

Hay que organizarnos, ser parte de la comunidad, “encabezar” sus demandas. O, mejor dicho, no *encabezar*, sino estar con ella, así como ella está con nosotros en nuestras luchas. Por ejemplo: la “reforma educativa” se está *quebrando*, entre otras cosas, porque las escuelas se han movilizado exigiendo el regreso de sus maestros, trasladados a otros espacios (generalmente, por tener una posición crítica ante el gobierno). Vincularse con la comunidad es *romper* el esquema del Estado.

La CNTE no es lo que los medios [de comunicación] dicen de nosotros, sino que somos personas que estamos luchando tanto por nuestros derechos, como por los de todos en general.

Al lado de este frente pedagógico, está el político: tenemos una representación, como secciones X y XI de la CNTE, en el *plantón* de La Ciudadela (de hecho, estamos desde el inicio, por lo que nos tocó el desalojo [en Santo Domingo y la Secretaría de Gobernación]). Allí, organizamos ciclos de cine para los compañeros (Por cierto, nuestra Séptima Jornada la llevamos a cabo en el anterior *plantón* nacional, en el Monumento a la Revolución, a donde acudió un número importante de jóvenes, con sus padres). También, hace poco realizamos en Azcapotzalco un taller de autodefensa, por las agresiones que estamos recibiendo como maestros. Además de todo esto, están las movilizaciones.

¿Podemos ganar la guerra del Estado mexicano contra la CNTE y los normalistas?

(De *Praxis* núm. 6, ene.-feb. 2016)

David Walker

El año 2015 atestiguó una intensificación en la guerra del gobierno de Peña Nieto contra las masas mexicanas, hecha evidente sobre todo en los ataques militares contra los maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) —en Oaxaca, Guerrero, Michoacán y Chiapas—, así como contra los estudiantes normalistas en Michoacán. Una y otra vez, Peña Nieto ha usado a la policía federal contra los ciudadanos; asimismo, se ha ganado la simpatía de los gobiernos estatales y de sus policías locales para implementar sus medidas autoritarias. Por si fuera poco, ha convertido la “reforma educativa” de la Secretaría de Educación Pública en un arma contra los maestros. Detrás de sus palabras en torno a la “modernización”, las “reformas estructurales”, la “seguridad”, el “desarrollo económico”, etc., se encuentra la cruda verdad de la represión policiaca con toletes y gases lacrimógenos. El resultado: maestros asesinados y varios heridos, así como líderes magisteriales y normalistas hechos presos políticos.

La criminalización de la protesta social no es, entonces, una posibilidad meramente teórica, sino una realidad sufrida por las masas mexicanas. Las fuerzas estatales están generando un clima de terror entre todos aquéllos que se atreven a cuestionar la autoridad de los que están en el poder.

Simultáneamente, ha surgido una resistencia continua contra las muchas caras de la hidra represiva de Peña Nieto. Mes tras mes, semana tras semanas, la CNTE ha organizado protestas: 1) contra la “reforma educativa”, cuya verdadera intención es ponerle un cauce a la militancia de los maestros; 2) contra el fraude electoral, particularmente en Guerrero, donde la influencia del narcotráfico en el estado entero (incluyendo a los partidos políticos), así como la pobreza extrema de la mayoría de la población, incapaz de obtener un empleo digno, hacen de la “democracia” y las “elecciones” una broma macabra que nada tiene que ver con la auténtica participación de los guerrerenses en la toma de decisiones sobre su vida y su trabajo.

Asimismo, los jóvenes de las escuelas normales se han unido a esta ola de resistencia: primero, como respuesta al crimen de Estado cometido contra los estudiantes de la escuela Raúl Isidro Burgos, en Ayotzinapa y, ahora, como protesta generalizada contra la realidad de las escuelas normales, ignoradas por el Estado, y cuyos estudiantes se enfrentan continuamente a una terrible situación económica —lo que los obliga a luchar por la sobrevivencia de sus centros de estudio. Más aún: aquellos normalistas que sí logran terminar sus estudios, y que buscan trabajo como maestros en las zonas rurales (donde verdaderamente se los necesita), se enfrentan en cambio al desempleo, así como a las nuevas barreras puestas por la “reforma educativa”. La puerta hacia su futuro permanece continuamente cerrada.

En contra de estas situaciones, los maestros disidentes y los normalistas han tomado las calles, rehusándose a aceptar las imposiciones del gobierno, tanto a nivel federal como local. Aquí hay que recordar, de igual forma, lo importante que es la dimensión indígena al interior de estos sectores sociales.

Oaxaca

Como lo hemos apuntado en números anteriores de *Praxis en América Latina*, las protestas de los maestros de Oaxaca se han enfrentado a la represión continua por parte del Estado. El 29 de octubre, en el silencio de la madrugada, varios maestros de la CNTE fueron cercados y llevados a prisión: Orozco Matus, Othón Nazariéga Segura, Efraín Picaso Pérez y Roberto Abel Jiménez García están presos hoy en el penal de máxima seguridad del Altiplano, Estado de México, por participar en las protestas contra la “reforma educativa”.

Sin embargo, en lugar de amedrentar a los maestros, las protestas continúan: en primera instancia, para exigir la liberación de sus compañeros presos. Asimismo, han llevado a cabo varias manifestaciones en apoyo a los profesores reprimidos en Guerrero y Michoacán. Esto, en parte, porque los maestros y los ciudadanos de Oaxaca tienen tras de sí una larga historia en la lucha social: la rebelión de 2006 permanece firmemente en su memoria —no como recuerdo, sino como prólogo hacia un nuevo levantamiento.

Michoacán

Los normalistas se han rebelado contra el Estado mexicano en torno al tema de la educación durante décadas. Cada gobierno, tanto federal como local, ha tratado durante el último medio siglo de reducir el número de escuelas normales —e, incluso, de eliminarlas por completo. No obstante, a pesar de ser negados y despreciados, los estudiantes normalistas, así como aquéllos que apoyan su causa, se niegan a ser ignorados: una y otra vez han exigido su derecho a una educación digna, así como a convertirse en maestros.

Esto es justamente lo que los normalistas de Ayotzinapa estaban exigiendo cuando se movilizaron el 26 de septiembre de 2014 para participar con otros estudiantes en la conmemoración de la Masacre de Tlaltelolco de 1968. El crimen cometido contra ellos despertó una actitud militante en el resto de los normalistas —quienes, a lo largo de todo México, se lanzaron a protestar tanto por la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa como por la supervivencia y el incremento de las escuelas normales. Es en este contexto que las protestas de los normalistas de Michoacán deben ser comprendidas.

El 7 de diciembre, más de 50 jóvenes, hombres y mujeres, *tomaron* la caseta de Zirahuén, en la autopista Pátzcuaro-Lázaro Cárdenas; allí, se manifestaron contra las terribles condiciones en que se encuentran las normales en dicho estado, así como contra la falta de oportunidades laborales para los egresados; en específico, exigían la apertura de 1,200 plazas como maestros para las ocho escuelas que hay Michoacán.

¿Cuál fue la respuesta del Estado? Represión con toletes y gases lacrimógenos contra los jóvenes, muchos de los cuales eran menores de 18 años. Todos ellos fueron llevados a prisión. Más tarde, en ese mismo lugar, 200 estudiantes de la normal indígena de Cherán, acompañados por comuneros de la zona purépecha, se enfrentaron con piedras y palos a los 40 policías que se habían quedado resguardando la caseta.

Desde entonces, ha habido numerosas manifestaciones en Morelia y otras partes de Michoacán, con la participación tanto de normalistas como de maestros de la CNTE, quienes exigen la liberación de los 30 estudiantes que aún permanecen presos. Los que son menores de 18 años han sido puestos ya en libertad.

Guerrero

A principios de diciembre, 600 policías federales fueron desplegados en Acapulco. ¿Para proteger a los ciudadanos de los cárteles de la droga y de otros criminales en ese estado, que se está cayendo prácticamente a pedazos? ¡De ninguna manera! Todo lo contrario: se trató de una fuerza armada que habría de ser empleada contra los profesores disidentes que se atrevieran a “interferir” contra la aplicación del examen de “evaluación docente”. ¡Tres policías por cada profesor! Al final, todo fue una simulación y un fracaso: a pesar de que 4,000 profesores debían someterse a la examinación, bajo amenaza de ser despedidos, sólo 2,000 lo hicieron (Ver la columna “Guerrero: el fracaso de la evaluación docente”, de Luis Hernández Navarro, en *La Jornada* del 8 de diciembre de 2015, para más detalles).

Guerrero tiene una larga e interesante historia de rebelión —la cual incluye, por supuesto, a los maestros de las escuelas normales. Con un alto porcentaje de indígenas, el estado ha sido visto siempre como *el patito feo* por el gobierno federal: la pobreza y el desempleo alcanzan allí un nivel muy elevado. Asimismo, lo que se ha vivido allí durante los 15 meses que llevan desaparecidos los 43 normalistas de Ayotzinapa ha sido una historia de mentiras, encubrimientos y manipulación: muy lejos estamos de saber lo que verdaderamente ocurrió allí en Guerrero en septiembre de 2014.

Y, no obstante, la dignidad sencilla y la perseverancia de los padres y madres de los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa ha transformado a México en muchos sentidos. En primer lugar, generó el cuestionamiento en torno a la profunda responsabilidad del Estado en los crímenes cometidos el 26 de septiembre de 2014; en segundo lugar, la movilización de las familias de Ayotzinapa y sus simpatizantes ha puesto en entredicho al sistema de partidos políticos, que continúa sin salir de la esfera de sus juegos electorales.

Pero, más importante que todo ello es que, al lado de los familiares de Ayotzinapa, los maestros de la CNTE y los estudiantes normalistas continúan exigiendo el retorno con vida de los 43 desaparecidos, el final de la falsa reforma educativa y, en última instancia, la transformación social de Guerrero y de México.

Chiapas

Chiapas también ha sido escenario de las acciones militantes de los maestros, quienes se han mostrado en solidaridad con sus compañeros de Guerrero, Oaxaca y Michoacán. Asimismo, han apoyado a los padres y madres de los estudiantes de Ayotzinapa.

Recientemente, cuando el gobierno del estado trató de cambiar el día para la aplicación del examen de “evaluación docente” —recorriéndolo hacia principios de diciembre, para evitar las movilizaciones del magisterio—, los maestros se congregaron masivamente en Tuxtla Gutiérrez, para evitar este “golpe de Estado educacional”. Los enfrentamientos entre los profesores y la policía terminaron con la muerte de uno de ellos, así como dejando varios heridos.

¿Cuántos normalistas y maestros más han de perder la vida, ser lastimados o terminar en prisión bajo el régimen de Peña Nieto?

¿Hacia dónde vamos ahora?

Si bien en este texto hemos centrado nuestra atención en las protestas de los normalistas y los maestros de la CNTE, no debemos por ello pasar por alto que la represión —y, más importante aún: la resistencia— se extiende a varios sectores de la sociedad mexicana. Veamos, por ejemplo, el ataque perpetrado a los jubilados en Veracruz el 23 de diciembre con macanas y gases lacrimógenos; o los más de 15 meses de resistencia de las familias de Ayotzinapa, durante los cuales han recibido el apoyo de diversos actores sociales: *Vivos se los llevaron; vivos los queremos*.

Por otro lado, las numerosas protestas sociales que han surgido durante los regímenes de Calderón y, ahora, de Peña Nieto, se deben en buena parte a la influencia de más de 25 años del movimiento indígena zapatista, el cual ha abierto nuevas vías de pensamiento y acción revolucionarios tanto en México como en el resto del mundo.

En 2015, fuimos testigos de una nueva faceta en el desarrollo de la resistencia zapatista: la puesta en marcha del seminario El Pensamiento Crítico frente a la Hidra Capitalista. Las presentaciones zapatistas hechas ahí han sido publicadas ya en forma de libro. Lo más importante de ellas es el concepto de unidad entre teoría y práctica al seno de la organización revolucionaria. Como los mismos zapatistas lo expresan: “La teoría con la práctica y la práctica con la teoría”, y “[Hay que] organizarse, organizarse, organizarse”.

Esta unificación de teoría y práctica dentro de una colectividad —es decir, de una organización— es imprescindible para lograr que el pensamiento crítico alcance su máximo desarrollo. Históricamente, tal unidad de teoría y práctica, en su expresión más radical, es *la dialéctica*, la cual tiene su origen en la Revolución francesa de 1789, así como en la expresión filosófica que Hegel le dio a tal experiencia. *Esta dialéctica* fue recreada años después, por Marx, con lo cual alcanzó su máximo esplendor revolucionario, así teórica como prácticamente. Marx le dio forma a la más profunda crítica contra la hidra del capitalismo, al tiempo que postuló la necesidad de *nuevos comienzos humanos*, si es que en verdad queremos destruir completamente al capitalismo y ponerle un fin a la prehistoria de la humanidad.

A su vez, Marx participó en varias organizaciones revolucionarias, tales como la Liga de los Comunistas y la Asociación Internacional de Trabajadores. Más aún: cuando no formaba parte de ninguna organización, sino que sólo estaban él y Engels, incluso entonces decía que ellos eran *el partido*: esto era así porque, para él, *organización* significaba, ante todo, *organización del pensamiento*, y no sólo la pertenencia a tal o cual grupo determinado. Esto se hizo evidente cuando, en la *Crítica al Programa de Gotha*, de 1875, Marx cuestionó duramente la unificación de supuestos socialistas ¡que ignoraban totalmente el cuerpo de ideas desarrollado por Marx durante más de tres décadas!

Tanto Marx como Hegel comprendieron la dialéctica como un movimiento doble: una *negación* que, a su vez, requiere una *segunda negación*, la cual no es sólo negativa, sino que contiene lo positivo dentro de sí. Esto es: la destrucción de lo viejo y la construcción de lo nuevo. Esta *doble negación* constituye el corazón de la historia humana, así como la expresión filosófica de esa historia misma: la *dialéctica*. Lenin se dio cuenta de esto mientras se preparaba filosóficamente para la Revolución rusa de 1917.

Esta unificación dialéctica entre pensamiento y acción es justamente lo que necesitamos hoy para derrocar a la hidra del capitalismo, así como la que puede ayudarnos a ganar la guerra que Peña Nieto les ha declarado a los estudiantes, los maestros y, en general, a todos nosotros: al México *profundo*.

Los zapatistas se refieren a ello a su propia manera al hablar y escribir sobre la necesidad del *tiempo del no* y *el tiempo del sí*; es decir: del *no* al gobierno, a los partidos políticos, etc., mientras simultáneamente trabajan en el *sí* a la construcción de ese otro

mundo, en el que habrán de caber muchos mundos. Los zapatistas le dan forma a estas ideas y acciones en colectividad; esto es: estando organizados.

Dicha metodología dialéctica, la más profunda expresión del pensamiento crítico, es la que puede transformar nuestra resistencia a la guerra de Peña Nieto en la construcción plena de una alternativa revolucionaria a la hidra del capitalismo aquí en México. Nuestro grito de batalla es *revolución en permanencia*, con lo cual nos referimos a la necesidad de no separar nuestro rechazo a aquello a lo que nos oponemos —la guerra encabezada por Peña Nieto y la total destrucción causada por el capital— *de* la construcción de aquello que queremos: una nueva sociedad fundamentada en principios verdaderamente humanos.

De ese modo, la *revolución en permanencia*, la concretización dialéctica de nuestros pensamientos y acciones, se convierten en aquello que ponemos en práctica en nuestros diferentes modos de organización revolucionaria. Nosotros, en tanto humanistas marxistas, nos sumamos a otros en esta tarea crucial.